

Filosofía y Ciencias, Filósofos y Científicos

A LA LUZ DE LAS ALOCUCIONES DE PIO XII

El tema filosófico-científico es de actualidad indiscutible en libros, revistas y congresos. La voz del Papa —sensata y moderna— lo ha ido ilustrando también en diversas ocasiones. Pero es este año en los dos densos discursos a la Academia Pontificia de Ciencias, y al Congreso Tomístico Internacional, donde parece afrontarlo de lleno. La síntesis armónica de filosofía y ciencias aparece allí teóricamente expuesta, y aun prácticamente ensayada en algunos problemas concretos. Intentemos recoger como en un florilegio —ordenado a nuestro modo— las principales ideas de todo ese precioso magisterio pontificio (1).

(1) Las principales alocuciones de Pío XII sobre temas filosófico-científicos son: 3-XII-1939. A la Academia Pontificia de Ciencias (en su 4º curso). Sobre el enigma del mundo; la verdad y la ciencia. *L'Osservatore Romano*, 4-5 Dic. 1939, p. 1-2.

30-XI-1941. A la Acad. P. C. (6º c.). Sobre la finalidad en el mundo. *Acta Apostolicae Sedis*, 1941, 504-512. *Ecclesia*, 1941, n. 24, p. 5-6.

2-X-1942. A la Sociedad Italiana para el Progreso de las Ciencias. Sobre la grandeza de la ciencia. *AAS*, 1942, 343-345. *Eccl.* 1942, 997.

12-XI-1942. Al Congreso Internacional de Altas Ciencias Matemáticas. Sobre la dignidad de las matemáticas. *AAS*, 1942, 370-371. *Eccl.* 1942, 1171.

21-II-1943. A la Acad. P. C. (7º c.). Sobre las leyes dinámicas y objetivas. *AAS*, 1943, 69-79. *Eccl.* 1943, I, 247-250.

8-II-1948. A la Acad. P. C. (12º c.). Sobre las leyes de la naturaleza. *AAS*, 1948, 75-85. *Eccl.* 1948, I, 201-204.

22-XI-1951. A la Acad. P. C. (en semana de estudios sobre microsismos). Sobre las pruebas de la existencia de Dios y la ciencia moderna. *AAS*, 1952, 31-43. *Eccl.* 1951, II, 601-604.

15-VI-1952. A universitarios de Roma. Sobre patria, ciencia y religión. *AAS*, 1952, 581-586. *Eccl.* 1952, I, 745-747.

7-XI-1952. Al Congreso Mundial de Astronomía. Sobre el cosmos, el espíritu investigador y el Espíritu Creador. *AAS*, 1952, 732-739. *Eccl.* 1952, II, 313-315.

13-IX-1953. Al Congreso de Microbiología. Sobre la dignidad médica y científica de la microbiología. *AAS*, 1953, 666-671. *Eccl.* 1953, II, 347-349.

23-IX-1954. A la Unión Geodésica y Geofísica Internacional. Sobre la

ESPIRITU 7 (1956) 202-212.

I.— CIENCIA Y FILOSOFÍA

Ciencia y filosofía han de vibrar armónicamente. La armonía presupone unidad y variedad. De ambas trataremos ordenadamente.

Encuadradas en un mismo marco

Habla Pío XII por vez primera a su amada Academia Pontificia de Ciencias. Para plasmar en un símbolo otra armonía superior, la de las ciencias y la fe, recuerda esos dos frescos magistrales de la estancia vaticana de la Signatura, «donde la ciencia y la fe se miran frente a frente y se iluminan una a otra» (2).

Prescindamos nosotros del cuadro teológico, «La Disputa del Sacramento», con su doble estrato celestial y terreno, para fijar nuestra atención en la descripción de la «Escuela de Atenas», delicadamente ofrecida a los académicos: «En aquellos personajes habréis reconocido a vuestros más antiguos predecesores en la investigación de la materia y del espíritu, en la contemplación y en la medida de los cielos, en el estudio de la naturaleza y del hombre, en las elucubraciones matemáticas y en las doctas discusiones. Y veréis a Platón señalar en el cielo la fuente del saber, y Aristóteles en la tierra y discutir entre sí, no enteramente satisfechos» (3).

Indiscutible es la belleza de esta obra maestra. Pero es a su vez símbolo de otra belleza más profunda, la de la síntesis armónica de las diversas ramas del saber filosófico-científico, unitariamente cobijadas bajo la curva de un mismo marco.

Y no achaquemos a capricho de un maestro en otras artes la disposición conjunta de las ciencias todas ante la Teología. «Al trazar estas dos vividas escenas parece que el genio de Tomás de Aquino haya guiado la mano de Rafael, señalándole los tres escalones del conocimiento con respecto a Dios: el primero representado en la reunión de las ciencias, por las cuales el hombre sube desde las criaturas hasta Dios con la sola luz de la razón; el segundo simbolizado en el altar del Sacramento... El tercero, en la aparición de la corte celestial en torno a Dios... De la ciencia a la fe; de la fe a la visión intuitiva de la Palabra y Suma Verdad, fuente de toda

grandeza de la ciencia; el verdadero sabio debe llegar a Dios. *AAS*, 1954, 580-584. *Eccl.* 1954, II, 398-399.

24-IV-1955. A la Acad. P. C. (en semana de estudios sobre oligoelementos). Sobre las relaciones entre ciencia moderna y filosofía perenne. *AAS*, 1955, 394-401. *Eccl.* 1955, I, 509-512.

14-IX-1955. Al Congreso Tomístico Internacional. Sobre estructura de la materia, determinismo y energía. *AAS*, 1955, 683-691. *Eccl.* 1955, II, 341-344.

(2) *L'Osserv. Rom.* 4-5, Dic. 1943, p. 2.

(3) *Loco citato.*

verdad. Son tres escuelas, la una más elevada que la otra, por las cuales gradualmente se sube hasta la plena satisfacción de la inteligencia humana» (4).

Esa es la escala del saber para Santo Tomás. Mérito ingente suyo es haber deslindado con claridad sus escalones. Pero dentro del primero no le pidamos más distingos. Han de crecer mucho las ciencias hasta personalizarse, y ha de venir un idealismo kantiano que las divorcio brutalmente. Ya hablaremos de esto. De momento concluyamos que la sana concepción de ciencias y filosofía siempre las enmarcó juntas en la misma escuela, la escuela de la naturaleza.

Barreras entre lo físico y lo metafísico

Pero aun dentro de una misma escuela hay grados diversos, como en el mismo cuadro de Rafael hay un núcleo filosófico y una corona científica

La separación de ambos grados queda claramente precisada en dos principios que enuncia el Papa ante la Universidad de Roma: «El primero, que el método de las ciencias es válido únicamente en el ámbito que a ellas les compete; esto es, en el campo de los sentidos; el segundo, que más allá de los conocimientos y de las realidades físicas existen otras realidades: las realidades metafísicas, por ejemplo, la causalidad, que no dependen de los datos de los sentidos, sino de las leyes ontológicas universales» (5).

La inducción física queda así restringida al ámbito de lo experimentable. Esta idea está más ampliamente desarrollada en el discurso fundamental sobre nuestro tema (6): «La ciencia parte de las sensaciones, externas por naturaleza, y por ellas, a través del proceso de la inteligencia desciende cada vez más profundamente a los ocultos repliegues de las cosas; pero tiene que pararse en un determinado punto, cuando surgen cuestiones en las cuales es imposible dar una solución por medio de la observación sensible».

Y en contrapartida lo metafísico sufre también su limitación, no en universalidad, pero sí en la riqueza de actualidad contingente. Así que la sana filosofía «no debe nunca pretender determinar las verdades que se basan únicamente en la experiencia y en el método científico. Sólo la experiencia entendida en el sentido más amplio puede indicar cuáles son, entre la infinita variedad de grandezas y de leyes materiales posibles, las que el Creador ha querido verdaderamente realizar» (7).

Pero fijémonos bien. Al vedar a la ciencia el campo de lo metafísico, no vayamos a parar a una ciencia antimetafísica, kantiana,

(4) Loco citato.

(5) AAS, 1952, 585.

(6) AAS, 1955, 397.

(7) AAS, 1955, 401.

o fenomenológica. El fenomenismo invade ciertamente muchos círculos científicos, pero el Papa lo refuta con detención e insistencia: «¿No son acaso las cosas mismas lo que vosotros buscáis, y de lo que habla, razona y discute vuestra ciencia?» (8). Y en otra ocasión (9): «De modo que la genuina ley de la naturaleza que el científico formula, con paciente observación y diligencia en su laboratorio, es bastante más y mejor que una pura descripción o cálculo intelectual, que se refiera solamente a los fenómenos y no a la sustancia real y sus propiedades».

Aun las matemáticas «ponen el pie sobre la realidad, fuente de toda verdad y de todo conocimiento humano» (10).

Ni tampoco concebamos una ciencia pobretona, limitada a señalar ante esas cosas reales, una serie de insípidos datos medibles. El porqué es característico de los científicos: «Vosotros buscáis las leyes que rigen la síntesis de la naturaleza y de lo creado. Y buscáis el porqué de estas leyes» (11). «Vosotros observáis, investigáis, estudiáis y experimentáis la naturaleza para comprender sus principios y causas intrínsecas, para penetrar las leyes que rigen su constitución y su obrar, para ordenar el proceso de tales leyes, para deducir de ellas una ciencia con principios, causas y conclusiones que dimanen por lógica consecuencia» (12).

Pero con todo entre esa ciencia óptica y lógica, y esa filosofía metafísica, queda en pie aquella barrera de separación definida por el límite de lo sensible y el cambio de método.

Interacciones mutuas

Esas barreras no son para incomunicar totalmente los saberes, sino para ordenar las comunicaciones. Pío XII con frecuencia recuerda ante sus académicos pontificios el tránsito natural desde la «exploración científica del cosmos» a la «consideración filosófica» de Dios (13).

Una alocución entera la dedica a estudiar la luz que la ciencia natural moderna arroja sobre los argumentos clásicos de la existencia de Dios. Ella nos puede servir de modelo práctico para quien quiera analizar ese trasvase de saber de lo científico a lo filosófico.

Fijémonos nosotros en algunos puntos. Su intento, «más que una revisión de las pruebas filosóficas», es «escrutar los fundamentos físicos, de los que aquellos argumentos derivan» (14). Y como co-

(8) AAS, 1943, 77.

(9) AAS, 1948, 77.

(10) AAS, 1942, 370.

(11) AAS, 1941, 511.

(12) AAS, 1943, 73.

(13) ASS, 1952, 732.

(14) AAS, 1952, 32.

roario, tras presentar en interesante resumen lo que la ciencia dice de la mutabilidad del cosmos, hasta predecir su estadio inicial, propone «la pregunta de cómo la materia ha podido llegar a un estado semejante, tan inverosímil a nuestra ordinaria experiencia de hoy, y qué es lo que la ha precedido». Y replica: «en vano se esperaría una respuesta de las ciencias naturales, que declaran lealmente encontrarse delante de un enigma insoluble. Es verdad que se exigiría demasiado de las ciencias naturales como tales; pero es igualmente cierto que el espíritu humano, versado en la meditación filosófica penetra más profundamente en el problema» (15).

Y precisa de nuevo al determinar el grado de certeza del moderno argumento de entropía: «Los hechos concernientes a las ciencias naturales a que nos hemos referido, esperan todavía mayores investigaciones y confirmaciones, y las teorías sobre ellos fundadas necesitan nuevos desarrollos y pruebas para ofrecer una base segura a una argumentación que de suyo está fuera del campo propio de las ciencias naturales» (16).

También la moderna investigación se relaciona con la filosofía en su clásica vía del «motus», pues «la ciencia ha ensanchado y profundizado considerablemente el fundamento empírico sobre el que se basa aquel argumento...» (17).

No temamos pues considerar «ciencia, filosofía y revelación, en colaboración armónica, ya que las tres son instrumentos de la verdad como rayos de un mismo sol...» (18).

II. — FILOSOFOS Y CIENTIFICOS

Pero con aquel solo esquema tripartito —enmarcamiento común, distinción y trasvasamiento de saber entre la ciencia y la filosofía— yo creo que no se puede saborear ni siquiera esa alocución pontificia que proponíamos como modelo. Y es que la doctrina de las relaciones filosófico-científicas tiene, a mi parecer, una segunda parte. Lo que hemos dicho vale de «filosofía» y «ciencias», conceptos abstractos, del aspecto formal de esas disciplinas —«las ciencias naturales, como tales», decía el Papa. Pero las relaciones son más íntimas, la armonía más perfecta si atendemos al «filósofo» y al «científico» sujetos concretos, hipóstasis racionales, capaces de encerrar tendencias y obligaciones humanas que consoliden los nexos reales filosófico-científicos.

(15) AAS, 1952, 40.

(16) AAS, 1952, 41.

(17) AAS, 1952, 42.

(18) AAS, 1952, 42-43.

Exigencias humanas y exigencias modernas

Comencemos por asentar que el científico tiene derecho y aun deber de pensar como filósofo. Es una idea que Pío XII la ha inculcado con preferencia a los Académicos Pontificios: «... el científico, cuando piensa como filósofo —¿y cómo podría dejar de hacerlo?—...» (19). «Es deseo innato de toda inteligencia subir al principio último que unifica todas las ramas del saber» (20).

Y es que el científico es ante todo un hombre que lleva enraizada en su alma esa ansia de verdad, esa tendencia en realidad providencial para que «el hombre, por la escala del Universo, suba hasta Dios» (21). También para el científico «el mundo creado es, en verdad, una manifestación de la sabiduría y de la bondad de Dios, porque todas las cosas han recibido de El su existencia y reflejan su grandeza» (22).

La ciencia, lejos de satisfacer esa tendencia (23), la aviva, y despierta un conocimiento más maduro, filosófico-vital (24).

¡Grande responsabilidad la del científico que satisface esa tendencia humana en los arcanos de la materia! Porque esa es una «satisfacción legítima sin duda, pero engañadora para el que se inmoviliza en ese estadio y rehusa aceptar una más amplia perspectiva. Porque el espíritu humano, tan genial como se le suponga, queda sometido él también en su constitución y en su actividad, al orden supremo de un Dios Creador. A este Dios debe reconocer, porque El es la Verdad, fuera de la cual nada tiene consistencia. Le debe servir, porque la ciencia separada del resto de la vida resulta inútil y aun nefasta. El sabio es, ante todo, un hombre cara a su destino y se le pedirá cuenta más que a otros del bien o mal que haya hecho» (25).

Así que al científico se le puede exigir con especial razón que tras sus investigaciones encuentre y adore a Dios, realidad evidentemente extra-científico-experimental: «...La creación en el tiempo, y por eso mismo un Creador: o sea Dios. Esta es la voz, si bien ni explícita ni completa, que nosotros pedíamos a la ciencia, y que la presente generación humana espera de ella» (26). Conviene que «frente a los prodigios de la eterna sabiduría» queden «ciegos y mudos los

(19) AAS, 1952, 31.

(20) AAS, 1954, 583.

(21) L'Osserv. Rom. 4-5, Dic. 1939, p. 1.

(22) AAS, 1955, 394.

(23) L'Osserv. Rom. 4-5, Dic. 1939, p. 2.

(24) AAS, 1952, 583.

(25) AAS, 1954, 584.

(26) AAS, 1952, 42.

pensamientos investigadores» y sobrevenga «aquella humilde y admirable adoración» (27).

Y pregunta el Santo Padre en otra ocasión al científico que «para saciar la profunda tendencia del intelecto hacia una síntesis que responda al orden de lo creado», reconoce y estudia ese orden final admirable: «¿Qué es esto, sino la demostración más evidente que hace el mundo de tener dentro de sí la mano de Aquel Maestro, invisible en sí mismo, pero manifiesto en su obra, que es el Dios Omnisciente, ordenador del Universo con arte suma?» (28). Y añade más Pío XII: ese descubrir la mano ordenadora es «conditio sine qua non» de las ciencias que quieran armonizar con la filosofía, porque «ciertamente que hay lucha entre las ciencias que en el orden de la naturaleza no ven la mano de Dios y aquella filosofía que en las leyes de la naturaleza reconoce la ordenación de la razón divina, que cuida y gobierna el universo» (29).

Y si esa tendencia humana por lo filosófico era avivada por la ciencia de siempre, los progresos científicos modernos, la sobreexcitan hasta la «angustia» y el «desconcierto». Esa es la idea central que Pío XII desarrolla ampliamente en su última alocución a la Academia Pontificia.

Para los que estiman la ciencia en su verdadero valor —no para los que creen que su principal fin es el progreso técnico, ni para «otros, más cultos, capaces de apreciar el método y los esfuerzos» aislados de la investigación—, «la ciencia, ¿no ha llegado a exigir que la mirada penetre más fácilmente las realidades más profundas, y se eleve hasta una visión completa y armoniosa del conjunto?» Y tras pasar revista a los avances científicos bajo el doble aspecto de su «profundidad» —en lo microcósmico de la materia—, y de su «extensión en las diversas ramas científicas, concluye que «los triunfos de la ciencia son ellos mismos el origen de las dos exigencias aludidas:

- a) ...penetrar la estructura íntima de los seres materiales y mirar los problemas que tocan los fundamentos substanciales de su ser y de su acción...
- b) ...obtener una visión coherente unificadora de la verdad... No conformes con colocar las distintas disciplinas y sus ramificaciones como una especie de mosaico... sin unidad vital (30).

Y ambas tendencias de profundización y síntesis sólo pueden satisfacerse —como detenidamente lo razona el Pontífice— bajo la luz y la fuerza de la filosofía.

Concluyamos, pues, que en el hombre eterno, en su unidad perso-

(27) AAS, 1948, 84.

(28) AAS, 1941, 509.

(29) AAS, 1941, 510.

(30) AAS, 1955, 397-398.

nal se entrelazan e inter-catalizan esas tendencias filosóficas y científicas; y que en el hombre actual esa intercatálisis se sobreexcita. Quizás esta visión humana, hipostatizada, arroje nueva luz a aquel enmarcamiento conjunto de ciencias y filosofía en la escuela de la naturaleza.

Lección histórica de una separación

Nada hace resaltar mejor esa unidad del filósofo y del científico, que el proceso histórico de su total separación. Es una historia triste, delicada de enjuiciar. Es preferible omitir comentarios y transcribir las recientes palabras serias y comedidas de Pío XII a la Academia Pontificia: «Desgraciadamente, desde hace cierto tiempo la ciencia y la filosofía se han separado. Sería difícil establecer cuáles fueron las causas de un hecho tan dañoso. Es cierto que la causa de este divorcio no se debe buscar en la naturaleza misma de las dos vías que conducen a la verdad, sino en las contingencias históricas y en las personas que no tuvieron siempre la buena voluntad y la competencia que hubieran sido necesarias. Los hombres de ciencia han creído en un momento determinado que la filosofía natural era un peso inútil y han rehusado dejarse orientar por ella. Por otra parte, los filósofos no han seguido ya los progresos de la ciencia y se han detenido en unas posiciones formales que hubieran podido abandonar» (31).

Sirva esta lección de escarmiento ejemplar para ambos partidos disidentes. ¡Ojalá se evitase para siempre el encasquillamiento de una filosofía, y el repetido desbarbar de una ciencia!

Porque en efecto —desarrolla a continuación el Papa lo que en otras ocasiones había apuntado (32), llegó un día en que la ciencia en su doble exigencia echó de menos un apoyo filosófico, y creyó encontrarlo en el ambiente positivista, único que de cerca le rodeaba. Y sobrevino el fracaso de la ciencia mecanicista y determinista. Porque la experimentación subatómica desmintió aquellos principios. Y el péndulo desequilibrado de la cultura científica ha oscilado al otro extremo, al del idealismo subjetivista. Y la ciencia se siente apesada en un fenomenismo simbólico, desesperando satisfacer sus exigencias de profundidad y síntesis.

Pero, concluye alentador Pío XII, con cierto tono profético: «No creemos, sin embargo, que semejante pesimismo sea justificado: Nos estimamos más bien que las ciencias naturales en contacto permanente con una filosofía de realismo crítico, que fue siempre el de la *Philosophia Perennis* en sus representantes más eminentes, puede lle-

(31) AAS, 1955, 398.

(32) AAS, 1943, 71-72. Cfr. etiam. AAS, 1955, 685.

gar a una visión de conjunto del mundo sensible que satisfaga en algún modo la investigación y el deseo ardiente de la verdad» (33).

Un «contacto permanente» ha de sustituir a un «divorcio» histórico. Y esto —quisiera insistir aún— no se contradice con aquella «barrera físico-metafísica», sino que la aclara. La barrera subsiste mientras filosofía y ciencia se miren en su aspecto formal. Porque las «ciencias naturales como tales» deben prescindir de lo filosófico y viceversa. Y fijémonos bien: «prescindir» que no «excluir». Pero si pasamos al estadio concreto, fundado en exigencias personales, la cosa, cambia. Porque es tal la limitación del psiquismo habitual del hombre, que para él «prescindir» a la larga es «excluir». De ahí resulta esa especie de ley humana aplicable a diversos órdenes: cuando falta un «contacto permanente» sobreviene el «divorcio». Divorcio que primero se acepta de hecho, y luego hasta se intenta justificar de derecho.

Deberes de estado

Si la filosofía y las ciencias no pueden ser sujeto de obligación, el filósofo y el científico —hipóstasis racionales— sí. Aquí nos toca analizar los deberes de conocerse mutuamente. El Papa los indica en el discurso que íbamos comentando, pero aún más claramente en otras ocasiones.

Al científico se le ha de pedir un conocimiento de la realidad metafísica. Lo exige el bien común, pues «es verdaderamente funesto que con el sorprendente desarrollo de la ciencia, haya avanzado como a la vez el olvido de las verdades metafísicas en la mente de una parte de los científicos» (34).

Y no choque eso, ni parezca una intromisión por más que formalmente se distingan ciencias y filosofía. Más se distinguen sin duda ninguna la medicina y la moral, y bien debe el médico por obligación de estado conocer su deontología profesional (35). Análogamente creo yo que incurre en pecado habitual el científico —no digo el técnico— que sin las más esenciales ideas filosóficas, discute y escribe de problemas que aun perteneciendo al terreno científico tienen una faceta filosófica inseparable. Su acción podría dañar a un bien común ideológico mucho más universal que el de una reducida clientela de pacientes.

Pero aún más. Hay asuntos de moral profesional, tan complejos y delicado en su aspecto médico, que determinar en ellos la licitud o ilicitud de un hecho pertenece al médico, respaldado, por supuesto, en los principios del moralista (36). Y quizás también en

(33) AAS, 1955, 401.

(34) AAS, 1952, 585.

(35) L'Osserv. Rom. 13-14, Nov. 1944, p. 1.

(36) AAS, 1952, 780 y 788.

algunos intrincados problemas de la ciencia moderna deba ser el científico —suficientemente pertrechado— quien haya de explicarlos en su significación filosófica. Tal sería el caso de la aplicación del concepto de *unum per se* substancial a los corpúsculos microfísicos; ya que «sin duda la filosofía no puede decir cuál es el más pequeño sistema que debe ser considerado como unitario» (37).

No parece, por tanto, solución adecuada y factible condenar a una inactividad silenciosa los profesionales —máxime los de valía y buena fe— ignorantes de sus deberes. Quizás sería más eficaz exhortarles a conocer durante su formación, aquellos elementos filosóficos, y allanarles el camino mediante una exposición asequible a su mentalidad.

Y esto nos lleva al otro aspecto del «contacto permanente». Al filósofo —sobre todo al filósofo de la naturaleza— corresponde también como deber de estado, conocer profundamente los avances científicos, pues así «especialmente sacan provecho los genuinos filósofos que, tomando como base de sus sepeculaciones racionales las conquistas científicas, sacan de ellas mayor seguridad en sus conclusiones, más clara ilustración en las posibles oscuridades, ayudas más convincentes para dar a las dificultades y objeciones una respuesta cada vez más satisfactoria» (38).

Y ese profundizar en lo científico con su complejidad experimental, matemática y teórica, no es para el filósofo algo meramente «provechoso», es un verdadero deber, «algo necesario», como ahora sin reticencias se afirma ante una asamblea de filósofos: «Vosotros comprendéis cuán ventajoso y necesario sea para un filósofo profundizar sus conocimientos del progreso científico. Sólo teniendo una clara consciencia de los resultados experimentales, de las proposiciones matemáticas, de las construcciones teóricas, es posible aportar una valiosa contribución interpretativa por parte de la filosofía *perenne*» (39).

III. — CONCLUSION: POR UN SABER MEJOR

Sólo así, con esa consciencia de sus propios deberes se acercarán filósofos y científicos en amigable simposición. Traten allí esos problemas que a unos y a otros interesan. Problemas de las leyes que gobiernan el mundo, «cuestiones fundamentales, cuya solución es tan decisiva para el objeto y el fin de toda ciencia natural como importante incluso para la comprensión metafísica, radicada en la

(37) AAS, 1955, 687.

(38) AAS, 1952, 31.

(39) AAS, 1955, 691.

realidad objetiva» (40). Problemas de la vida: el evolucionismo de los organismos (41), la vitalidad de los virus (42).

El mismo Pío XII ante el Congreso Tomístico Internacional, que se propone el tema filosófico-científico, no puede menos de tomar la delantera a los congresistas, y proponer en su alocución —modelo de ensayo de esa síntesis— un examen pormenorizado de los aspectos científico y filosófico correspondientes a tres problemas candentes: el de la estructura íntima de la materia, el del indeterminismo y la causalidad, y el de las relaciones entre materia y energía. Muestra en esos ejemplos concretos cómo los problemas científicos «reciben de los principios ciertos de la *Filosofía perenne* una luz a la que los mismos filósofos quizás no miraban, y menos podían esperarla tan continua e intensa» (43).

Recopilemos nuestro florilegio en estas frases, las últimas que Pío XII allí mismo ha pronunciado sobre las relaciones filosófico-científicas: «Todo camino del saber tiene sus propias e inconfundibles características y debe operar oportuna y distintamente de los otros, pero esto no significa que deban ignorarse reciprocamente. Sólo de una mutua comprensión y colaboración puede nacer el gran edificio del humano saber que se armoniza con las luces superiores de la divina sabiduría» (44).

Comprensión y colaboración. Aquellos tiempos en que una sola cabeza era capaz de anudar los cabos del humano saber y aun de la luz divina, pasaron para siempre. Pero si hoy nos faltan los genios de un Aristóteles, de un Alberto o de un Tomás, a la mano tenemos suplir —a lo «mundo nuevo»— la unidad intelectual humana por la uridad de un equipo internacional en que trabajen selección de especialistas comprensivos y conscientes de sus deberes mutuos.

Manuel GARCÍA DONCEL, S. I.
Licenciado en Filosofía.

- (40) AAS, 1943, 70.
(41) AAS, 1953, 604.
(42) AAS, 1953, 668-669.
(43) AAS, 1955, 684.
(44) AAS, 1955, 691.

Para la inscripción tumular de Ortega

por J. Mitterndorf

En el cementerio.

A la margen derecha del Manzanares, a una altura que aproximadamente será la del asiento de la ciudad de Madrid, entre los puentes de Segovia y Toledo, dando vista al Guadarrama y al Escorial, en humilde tumba que no levanta un palmo del suelo, descansa el filósofo desde el 19 de octubre último. No podía pretender él emplazamiento mejor. Unico detalle que pasó desapercibido a sus familiares es el de la posición del cadáver que debió ser la inversa, mirando más bien a la Sierra, a la ciudad y al río que le fueron tan queridos. Bien así como Chateaubriand en Saint Malo que está cara al mar, o si se quiere, de pie, como era costumbre colocar a los luchadores y fué la postura escogida por Clemenceau para su último descanso.

Pero no hurguemos demasiado en estos detalles, que al fin Ortega era poco romántico. Sabemos que el sitio está bien elegido porque allí estuvo antes enterrado su padre. Sabemos también que el ambiente velazquino de la campiña Carpeto-vetónica que llevaba en el corazón y en la inteligencia, le acompaña y penetra de parte a parte, se trasfunde en su sepulcro, le está descomponiendo en etereidad o en elementos atmosféricos, y quedan con eso colmadas sus aspiraciones. Uno de los mortales menos telúricos que se hayan conocido, será Ortega, y tiene que quedar diluido en esencial claridad.

Ayer tarde, 18 de junio, estuvimos los dos mano a mano, cara al cielo él y yo a la Sierra. Fué un encuentro sin testigos, tan silencioso que creía yo sentir el aleteo de los manes del difunto. Era su aniversario de mes como con mayor o menor propiedad de términos suele decirse, pues murió un 18. Manos piadosas habían dejado no mucho antes, acaso la víspera, un ramo de flores: claveles rojos, gladiolos amarillos con unas menudas y blancas gipsófilas. Estaban ya mustias cuando pasé por allí.

El cementerio de San Isidro, durante mi visita, era una soledad perfecta en la extensión de sus tres patios escalonados. Donde el culto a los camposantos es exiguo, nunca serán estos los pulcros jardines con bien trazadas calles que suelen verse en el Norte. Sin pretender hacerlos parques de recreo, se les puede muy bien hacer remansos de paz y de recogimiento piadoso. Bien está que se vistan de grama y de flores plazas y calles, estadios y estaciones de ferrocarril, pero sin olvidar las necrópolis.